

de la Iglesia y los controversistas. Por de pronto no habia buscado en los Santos Padres mas que el mérito de la elocuencia y la fuerza del raciocinio; pero sus escritos le descubrieron la antigüedad de la doctrina católica, y la novedad del protestantismo. Sin embargo, no se precipitó, y poniendo en sus investigaciones todo el candor y la madurez de una alma recta, trabajó durante muchos años en adquirir todas las noticias que podian tener relacion con este punto. A este fin entabló una seguida correspondencia con monseñor Asseline, obispo de Boloña, refugiado entonces en Alemania. Expuso todas sus dudas al Prelado, el cual respondió á ellas con reflexiones, que se insertaron después en el tomo 6.º de sus obras escogidas, las que recibió el Conde con el mas vivo reconocimiento.

(La continuacion se pondrá al fin del capítulo VI).

CAPÍTULO VI.

Cuarta nota de la Iglesia.

EL SER APOSTÓLICA.

El ser apostólica es el cuarto carácter de la verdadera Iglesia. Es *apostólica*, porque fue fundada por los Apóstoles; *apostólica*, porque ha durado desde los Apóstoles hasta nosotros por una sucesion no interrumpida de pastores legítimos; *apostólica*, porque ha conservado siempre sin alteracion la fe que recibió de los Apóstoles. Tales son, mi querido Teófilo, los tres caracteres esenciales, para ser apostólica la Iglesia de Jesucristo.

§ I. *La Iglesia es apostólica, porque fue fundada por los Apóstoles.*

Después que los Apóstoles hubieron recibido de Jesucristo su divina mision, se dispersaron por toda la tierra, llevando sin descanso la antorcha de la fe, predicando el Evangelio, bautizando los pueblos, y enseñándoles todo lo que su divino Maestro

les habia enseñado y revelado. De judíos ó paganos que eran los hombres, cuando empezaron su predicacion, los hicieron cristianos, es decir, discípulos de Jesucristo; y de todos estos judíos ó paganos convertidos, formaron esta sociedad santa que se llama Iglesia católica, que subsiste desde ese tiempo, y subsistirá hasta el fin de los siglos, porque Jesucristo lo ha prometido con términos formales.

Así san Pablo compara *la Iglesia* á un edificio edificado sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas, y de los cuales es Jesucristo la piedra angular. «Ya no sois, «escribia á los Efesios, hombres extranjeros á la casa y al pueblo de Dios, sino «que sois tambien de la ciudad de los santos y de la casa de Dios. Estais edificados «sobre los *fundamentos de los Apóstoles y de los Profetas*, siendo el mismo Jesucristo la «principal piedra del ángulo. Todo el edificio sentado sobre esta piedra se levanta «y se aumenta con una justa simetría para «ser un templo consagrado al Señor, y hasta vosotros, ó gentiles, entraís en la estructura de este edificio, para ser la casa de

«Dios por el Espíritu Santo (*Efes. II, 19, «22*).»

Jesucristo habia dado á sus Apóstoles mision para establecer su doctrina: *Os envío*, les habia dicho, *como mi Padre me ha enviado*; y les habia prometido *estar con ellos hasta la consumacion de los siglos*. Ha querido, pues, mi querido amigo, que esta mision fuese perpetua, y durase tanto como su *Iglesia*, y que fuese transmitida á otros por los Apóstoles, tal como ellos la habian recibido.

Así los Apóstoles pusieron pastores en su lugar, y san Pablo considera á estos últimos como á enviados de Dios, lo mismo que los Apóstoles: «El mismo (Jesucristo), «dice el Apóstol, es el que dió á su Iglesia unos para ser Apóstoles, otros para «ser Profetas, otros para ser Evangelistas, «otros para ser pastores y doctores, á fin «de que todos trabajen para la perfeccion «de los santos, para que se dediquen á las «funciones de su ministerio, y para que «edifiquen el cuerpo de Jesucristo, hasta «que lleguemos todos á la unidad de una «misma fe y de un mismo conocimiento

«del Hijo de Dios, al estado de un hombre
«perfecto, al término de la edad, según la
«cual Jesucristo debe ser del todo forma-
«do en nosotros; á fin de que dejemos de
«ser como niños vacilantes, y llevados de
«una parte á otra por todos los vientos de
«las opiniones humanas, por la falsedad
«de los hombres, y por la habilidad con
«que saben inducir al error; sino que al
«contrario, unidos á la verdad por su ca-
«ridad, crezcamos bajo todos conceptos,
«en aquel que es la cabeza y el Cristo,
«y de quien todo el cuerpo recibe su au-
«mento (*Efes. iv, 11, 16*).» Hemos en-
contrado este texto del Apóstol tan her-
moso, que no hemos podido resistir al gusto
de citarlo por entero. Medítalo bien, hijo
mío, y estoy seguro de que también te gustará mucho.

Leemos en los Hechos y en las Epístolas de los Apóstoles, que en cada ciudad en que habían plantado la fe establecían un obispo, sacerdotes y diáconos para gobernar el pueblo fiel, y que de este modo es como fundaron la Iglesia. La historia eclesiástica nos enseña que san Pedro fue el

que fundó las tres principales sillas episcopales, á saber: la de Alejandría, á donde envió á san Marcos; la de Antioquía, en donde se quedó él mismo, y luego colocó á san Evodio; y la de Roma, en donde logró la palma del martirio, después de veinte y cinco años de pontificado.

Así como san Pedro era la cabeza de todos los Apóstoles, nombrado como tal por el mismo Jesucristo; del mismo modo, su sucesor el obispo de Roma, que llamamos el Papa, ha sido siempre considerado como el primero de todos los obispos, teniendo de derecho divino sobre todos los otros obispos una primacía de honor y de jurisdicción, siendo por lo mismo el vicario de Jesucristo sobre la tierra, y la cabeza visible de la Iglesia. La silla de Roma, que es por esta razón la primera de la Iglesia, es especialmente llamada la *silla apostólica*, porque es el centro de la unidad católica. De esta silla emanan las decisiones que terminan las diferencias en materias arduas, y las sentencias que se fulminan contra la herejía. De esta silla han recibido su misión todos los hombres apostólicos

que, después de la primera publicacion del Evangelio, han llevado á las naciones esta luz divina. Todos los Papas se han presentado á la faz del universo, como á sucesores de san Pedro y herederos de su autoridad, y jamás les han sido contestadas estas dos cualidades.

La historia atestigua igualmente que en todas las otras porciones de la Iglesia que están en comunion con el Papa, ó la santa silla apostólica, las sillas de los obispos que gobiernan dichas porciones han sido fundadas por los Apóstoles ó por los sucesores legítimos de san Pedro, ó por otros obispos que reconocian al sucesor legítimo de san Pedro por cabeza de la Iglesia universal. Todas estas iglesias que están en comunion con el Papa, llegan hasta san Pedro, y hacen de esta manera parte de la Iglesia católica.

§ II. *La Iglesia es apostólica, porque ha durado desde los Apóstoles hasta nosotros por medio de una sucesion no interrumpida de pastores legítimos.*

La sucesion de los pastores debe continuar en la Iglesia de Jesucristo por la ordenacion. Siempre es el cuerpo apostólico el que persevera, siempre la doctrina y la tradicion de los Apóstoles la que continúa sin interrupcion, y que se perpetúa; de la misma manera la tradicion histórica pasa en la sociedad de generacion en generacion. Luego la Iglesia es apostólica, porque es gobernada por obispos que han sido ordenados por otros obispos, los cuales subiendo de siglo en siglo por una sucesion no interrumpida, han recibido la consagracion de los Apóstoles, y han sucedido á su autoridad.

Pero, ¿cómo puede ser, me dirás, mi querido Teófilo, que todos los obispos católicos sean sucesores de los Apóstoles, supuesto que hay muchos mas obispos que no ha habido jamás Apóstoles? Esto es porque para ser los obispos verdaderos suce-

sores de los Apóstoles, basta que hayan sucedido al mismo obispado, el cual siendo uno é indivisible en su origen, aunque dividido en muchos en la dispensacion del ministerio, es aun en el día tal como era en el principio de la Iglesia.

De esta no interrumpida sucesion de obispos desde los Apóstoles, se sigue que los obispos que en el día gobiernan la Iglesia católica tienen su mision y autoridad del mismo Jesucristo por medio de los Apóstoles. Hé aquí la prueba: Jesucristo dió á los Apóstoles la facultad de enseñar y gobernar la Iglesia, comunicándoles al mismo tiempo la de darse á sí mismos sucesores, á quienes transmitiesen su autoridad. Fieles á su vocacion, los Apóstoles ordenaron obispos, y les cedieron parte de su poder para gobernar á los otros. Estos crearon otros, y así de edad en edad hasta nosotros, cuya sucesion tendrá lugar hasta el fin del mundo. Luego, los Apóstoles han tenido y tendrán siempre sucesores, herederos de su carácter y revestidos de la autoridad episcopal que ellos habian recibido del mismo Jesucristo.

Es necesario, hijo mio, que la autoridad de los pastores venga de los Apóstoles por una sucesion no interrumpida; pues está prohibido expresamente en la Iglesia de Jesucristo, el usurpar el ministerio sin ser llamado á él por Dios, y el predicar sin tener mision para ello. «Nadie puede, dice san Pablo, arrogarse el honor de ofrecer sacrificios, sino que debe ser llamado á él por Dios como Aaron. Jesucristo mismo no se asumió la gloria inherente á la dignidad de soberano sacrificador, sino que la recibió de aquel que le dijo: Tú eres sacerdote segun el orden de Melchisedech (*Ad. Hebr. v, 4, 6*).» Y en otro pasaje: «Todos los que invocarán el nombre del Señor serán salvados. Pero ¿cómo lo invocarán si no creen en él? Y ¿cómo creerán en él si no oyeron su palabra? Y ¿cómo la oirán si nadie se la predica? Y ¿cómo se les predicará si nadie es enviado, segun lo que está escrito: *Cuán hermosos son los piés de aquellos que anuncian el Evangelio de paz, que anuncian los verdaderos bienes (Rom. x, 13, 15.)?*»

Así, pues, todos aquellos que fuera de

este camino y de esta sucesion se entrometen á enseñar á los fieles son unos *intrusos*, unos falsos doctores, unos lobos rapaces debajo de la piel de oveja, y esto aun cuando no enseñasen mas que la palabra de Dios.

Pero, dirás aun tal vez, mi querido amigo, ¿no puede suceder que Dios suscite extraordinariamente alguna persona para enseñar en la Iglesia, como en la antigua ley suscitaba profetas con frecuencia, y como lo fue san Pablo en la nueva? No, esta mision es imposible en la Iglesia, y si esto podia tener lugar, seria necesario que Dios autorizase la mision de estos nuevos enviados por medio de milagros tan patentes é incontestables, que no pudiese menos de reconocerse el poder divino, y por consiguiente de escucharles.

Sin embargo, seria necesario que estos hombres estuviesen siempre sometidos á la Iglesia establecida por el mismo Dios, para enseñarnos la verdad hasta el fin de los siglos. Por esto san Pablo fue enviado á Ananías; y cuando Dios por su misericordia suscita en su Iglesia hombres extraor-

dinarios, lo hace, no para cambiar la fe de la misma, sino para predicar la penitencia y la sumision á los pastores que la gobiernan.

Pero, ¿no ha mandado Dios á cada uno tener cuidado de su prójimo? Sin duda que sí, hijo mio, pero esto debe ser por medio de obras de caridad, y no con el ejercicio de una autoridad que no se tiene, como es el predicar en público, administrar los Sacramentos, reunir juntas, pues esto no puede corresponder mas que á los pastores de la Iglesia. Y si ha habido seculares que han defendido á la Iglesia, como Lactancio y san Próspero, lo han hecho con escritos llenos de erudicion y de luz, y no por medio de actos de jurisdiccion y autoridad.

§ III. *La Iglesia es apostólica, porque conserva sin alteracion la doctrina de los Apóstoles.*

La Iglesia ha conservado sin alteracion, desde su origen hasta nosotros, la doctrina que recibió de los Apóstoles. Estos, instruidos é ilustrados por el mismo Jesucris-

to, fueron sus doctores y sus maestros. Sus escritos y las tradiciones que ellos les confiaron, son los dos manantiales de donde saca constantemente todas las verdades que enseña. Para ella escribieron los Apóstoles el santo Evangelio que comprende las acciones y la doctrina del Salvador, y las Epístolas sagradas que son sus comentarios. Pero no es solamente por sus escritos que los Apóstoles instruyeron á la Iglesia, pues que tambien lo hicieron de viva voz y por medio de la tradicion. Esta misma, en el sentido expresado, ha sido mas antigua que la Escritura, pues todos los Apóstoles predicaron antes de escribir: fue mas comun á los Apóstoles, porque todos predicaron, aunque no todos hayan escrito; es mas dilatada en las verdades que encierra, puesto que los Apóstoles han predicado todo lo que escribieron, y no escribieron todo lo que predicaron. La Iglesia mira como á procedente de los Apóstoles todo lo que el unánime consentimiento de todos los siglos les atribuye, ó todo lo que la unanimidad de este consentimiento prueba que no ha podido tener otro origen. Y por

medio de esta continuidad de doctrina y de sucesion, conserva el depósito que recibió de los Apóstoles, y transmite á sus hijos lo que recogió de sus padres.

Para demostrar, mi querido amigo, que la Iglesia es apostólica en su doctrina, es decir, que ha estado siempre invariablemente unida á la doctrina de los Apóstoles, que profesa y enseña todavia esta misma doctrina, y que jamás se separará de ella, basta recordar la consoladora promesa que Jesucristo hizo á sus Apóstoles antes de dejarlos. « Me ha sido dada toda potencia en el cielo y sobre la tierra. Id, pues, instruid á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñadles á practicar todas las cosas que os he mandado. Héos aquí que estoy todos los dias con vosotros, hasta la consumacion de los siglos. »

Segun estas palabras, que son claras y terminantes, es indudable, mi querido amigo, que la Iglesia no ha podido ni podrá jamás separarse de la doctrina que los Apóstoles le enseñaron, doctrina que ellos te-

nian de Jesucristo. Decir lo contrario, y suponer que la Iglesia haya podido ó pueda jamás alterar esta doctrina divina y añadir ó quitar de ella la menor cosa, es acusar á Jesucristo de falso en sus promesas; es atacar, no tanto á la Iglesia como al mismo Salvador, que es su cabeza, su pontífice y su guía. Condenar á Jesucristo es, segun la expresion del Apóstol, *condenarse á sí mismo por su propio juicio*. Luego no se puede contestar á la Iglesia su carácter de apostólica, sin proferir una blasfemia, y sin condenarse á sí mismo.

EJEMPLO.

CONVERSION DEL CONDE DE STOLBERG.

(Continuacion).

Sin embargo, le quedaban muchos obstáculos que superar; cuales eran, el respeto humano, la pérdida de los títulos honoríficos, y quizá de su fortuna, las burlas de una familia entera, numerosos amigos y compatriotas demasiado prevenidos, el ruido que iba á hacer un paso tan extraordinario, todo esto habria quizá detenido á un alma menos generosa; pero el conde de Stolberg se sobrepuso á toda consideracion humana, y después de siete años de examen y de investigaciones, prestó homenaje á la ver-

dad conocida. Habiendo hecho dimision de todos los cargos que el duque de Oldemburgo le habia conferido, se fué á Munster, junto con su mujer, y ambos abjuraron el protestantismo en mayo de 1800. Los siguientes fragmentos de dos cartas muestran cuál era el fervor de sus sentimientos.

«Munster 16 mayo de 1800.

« Mi corazon y mi carne han saltado de gozo en el
« Dios vivo; el gorrion encuentra su vivienda, y la
« tortolilla hace su nido para colocar en él á sus hijos.
« ¡Jueles; vuestros altares, Dios de las virtudes, vuestros
« altares, ó mi Rey y mi Dios, son el asilo en
« que ahora descanso en paz y alegría.

« Hé aquí, señora, hé aquí los sentimientos de que
« debería estar penetrada mi alma. Inundado por
« un torrente de santa alegría, mi corazon debería
« ser un templo en el cual se tributasen sin cesar
« alabanzas al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob,
« al Dios y al Padre de nuestro Señor Jesucristo;
« porque ha tenido misericordia de mí y de Sofía,
« y la tendrá igualmente de mis hijos. Él ha
« mirado con una complacencia indulgente el deseo
« que yo tenia de conocer la verdad, deseo que él
« mismo habia hecho nacer en mí. Oyó los ruegos
« fervorosos que le dirigian por mí muchas santas
« personas postradas á los piés de los altares. Han
« caído de mis ojos como unas escamas en el momento
« en que mi corazon oponia una disposicion
« de amargura á las dulzuras de un maná celestial
« que Dios me ofrecia. »

« LEOP. »

«Eutin 16 agosto de 1800.

«No encuentro términos para expresar á V. cuán penetrado estoy de la grande idea de haberse dignado Dios hacernos la gracia, á Sofia y á mí de hacernos entrar en el gremio de su Iglesia; es una dicha siempre nueva para nosotros. ¡No cesemos un momento de alabar su santo nombre, hasta que entonemos el cántico nuevo! Muy justo es que esta felicidad esté mezclada con alguna amargura, y en verdad que la situacion en que nos encontramos no deja de tenerlas. Huyen de nosotros, nos abandonan.... Querria hallarme ya en Munster, porque nuestra posicion en este punto es mas penosa de lo que pueda expresar á V. Co- nozco no obstante que únicamente depende de mí el coger de estas espinas, rosas inmortales; ¡hágame esta gracia aquel que quiso ser coronado de espinas! ¡díguese domar mi naturaleza rebelde, y hacerle llevar con gusto el santo yugo de la cruz!... ¡Qué gracia nos ha hecho Dios! ¡sea eternamente bendito por ella su santo nombre!»

Después de su conversion, el Conde dejó Eutin, y se estableció en Munster ó en sus cercanías en donde vivió once años, después de cuyo tiempo habitó luego en el condado de Ravensberg, y últimamente en el castillo de Sondermuhlen, en el país de Os- nabruck. Tuvo la satisfaccion de ver á sus hijos seguir su ejemplo; los que tenían uso de razon abrazaron tambien la Religion católica, y los otros fueron educados en los principios de la misma. Solo hubo una hija del primer matrimonio que habién-

dose casado con el conde de Stolberg-Wernigerode, perseveró en el protestantismo. Es inútil decir que el conde de Stolberg honró su conversion con todo lo demás de su conducta, siendo fiel observador de las prácticas de piedad.

Desde entonces sus escritos tomaron un carácter mas grave, y se dedicó principalmente á materias religiosas. Tradujo en aleman dos escritos de san Agustin, *sobre la verdadera Religion*, y *sobre las costumbres de la Iglesia cristiana*. Pero su obra mas importante es la *Historia de la Religion de Jesucris- to*, que salió á luz por primera vez en Hamburgo en 1806, y tuvo sucesivamente quince tomos. Esta obra empieza con la creacion, y llega hasta el año 450 de la Era cristiana: prueba mucha instruccion y un grande celo por la Religion. La historia profana va unida muchas veces con la historia santa. Su estilo es agradable y variado, su crítica sana, y sus reflexiones cortas y justas. Las tradiciones de los pueblos, los extravíos de la mitología, los antiguos usos de la Iglesia, la refutacion de los errores y de la incredulidad, todo esto excita en la relacion un vivo interés.

Así es que esta obra ha confirmado á muchos católicos en su creencia y convertido á muchos protestantes. Se supone que á esta lectura ha debido su conversion el príncipe de Mecklemburgo. Actualmente se está imprimiendo en Roma en la imprenta de la Propaganda una traduccion de esta obra en italiano.

Aunque la *Historia de la Religion* requeria mucho cuidado, y los tomos se sucedian rápidamente, con todo el autor encontró aun bastante tiempo para

componer otras obras, tales como una traduccion de un *Discurso de santa Catalina de Sena sobre la perfeccion*; una *Vida de Alfredo el Grande*; la *Vida de san Vicente de Paul*; un opúsculo sobre *El espíritu del siglo, etc.*; *Reflexiones sobre la sagrada Escritura*, y finalmente *El libro de la caridad* lleno de piedad y de uncion que salió á luz algunos dias después de su muerte, y que puede considerarse como su testamento.

El último año de su vida, viéndose atacado por el consejero Voss, mas furiosamente que nunca, y hasta en su honor, no creyó el conde de Stolberg que pudiese dispensarse de contestarle; pero lo hizo con una moderacion poco comun. Sentia, decia él á sus amigos, verse obligado á demostrar la falsedad de las imputaciones de su adversario, y temia que se le sospechase algun resentimiento. La enfermedad que le atacó, causada en gran parte por la pena que sentia de verse tan injuriosamente calumniado por un hombre que aun entonces llamaba su amigo, le impidió el concluir este escrito, que fue terminado y publicado por su hermano, bajo el título de *Corta refutacion del consejero Voss*.

La muerte del conde de Stolberg fue digna de su vida. El abate Kellermann, eclesiástico apreciable, que habia sido ayo de sus hijos, y que era entonces cura de un de las parroquias de Munster, habiendo ido á pasar algunos dias en Sondermuhlen, á fines de noviembre de 1819, pareció haber sido enviado por la Providencia para dar al Conde los últimos consuelos. Al dia siguiente de su llegada cayó enfermo el señor de Stolberg. Un médico de las cercanias de Osnabruk declaró mortal la enfermedad,

y el Conde manifestó luego vivos deseos de recibir los santos Sacramentos, los cuales le fueron administrados en la noche del 3 al 4 de diciembre. Quiso levantarse para adorar de rodillas al santísimo Sacramento, y edificó á todos los que asistian á este acto por el ardor de su fe.

Seis horas antes de su muerte, llamó á todos sus hijos y les dirigió la palabra, primero en general, y después á cada uno en particular. Les recomendó particularmente que rogasen á Dios por los difuntos, que se mantuviesen firmes en la Religion católica, y que conservasen la union entre sí mismos. Muchas veces, antes de su enfermedad, les habia exhortado á perdonar al consejero Voss su conducta, y repitió esta invitacion antes de recibir el Viático y la Uncion. No nos es lícito, dijo, dispensarnos de la obligacion de rogar por él. Después ya no volvió á nombrar á este su contrario, y no habló mas que de la eternidad. Conociendo que se le acababan las fuerzas, pidió él mismo que rezasen las oraciones de los agonizantes, las cuales empezaron su hija Julia y su confesor, cerca de él. Impidiéndoles las lágrimas el continuar, lo hizo el mismo moribundo. Pocos momentos después de haberlas concluido, murió, siendo el dia 5 de diciembre de 1819, hácia las siete de la tarde, de edad de sesenta y nueve años.

Nada hay mas tierno ni mas consolador que la relacion de la muerte del conde de Stolberg, publicada por sus hijos. No citaremos mas que las últimas palabras de esta alma pura á su médico: « *Deus cidme, ¿ se habrá esto acabado mañana ó pasado mañana?* — *Vuestra viva fe y el ardiente deseo que*

*«tencis de ver á Dios, me permiten deciros, que no
«iréis hasta media noche. — ¡Bendito sea Dios!»*
Tomó entonces las manos del médico, las estrechó
con fuerza, diciendo: *«¡Gracias, gracias. Os las
«doy de todo mi corazón. Alabado sea Jesucristo!»*
Diciendo estas palabras inclinó la cabeza á un lado,
y después de algunos suspiros, se fué á encontrar á
su Padre y nuestro Padre, á su Dios y nuestro Dios.

Este santo y fervoroso católico había compuesto
él mismo su epitafio, concebido en estos términos:
*Aquí yace Federico Leopoldo de Stolberg, nacido
en 7 de noviembre de 1750, y muerto en.... Dios ha
amado tanto al mundo que entregó á su Hijo único,
á fin de que cualquiera que creyese en él no pereciese,
sino que gozase de la vida eterna. Prohibió á su
familia que añadiese algo á este epitafio; porque,
decía, cuando se trata de la eternidad, deben callarse
las cosas que pasan con el tiempo. Fue enterrado
según sus deseos, en Stockampfen, en Prusia,
al lado de uno de sus hijos Francisco de Stolberg,
que había muerto allí en 29 de marzo de 1815, á la
edad de trece años, habiendo mostrado en tan tierna
edad una inocencia de costumbres, una disposición
para la piedad, y una resignación admirables.*

(Colección de conversiones notables).

SEGUNDA PARTE.

PRIVILEGIOS DE LA IGLESIA.

INTRODUCCION.

Después de haber explicado las diferentes señales por medio de las que puede reconocerse de una manera segura la Iglesia que el mismo Jesucristo fundó sobre la tierra, es necesario, mi querido Teófilo, hacer brillar á tus ojos los gloriosos privilegios que su divino Esposo quiso concederle, para mayor lustre de su nombre y para la salvación de sus hijos queridos.

Contéplala, pues, esta augusta reina de la tierra, y tus ojos quedarán deslumbrados con el resplandor de su belleza, la grandeza de su gloria y la excelencia de sus prerogativas. Adornada con todas sus